



XX.

MIRANDO Ramona, después de algunos días de inútil espera, que Gonzalo no iba á Citala, ni la escribía, ni procuraba hablarla, comprendió lo que pasaba, y á fin de tener una explicación, escribióle una esquila cariñosa, en la que le decía deseaba comunicarle cosas importantes, y le suplicaba fuese á la casa de Chole, donde le esperaba tal día y á tal hora. Gran alivio sintieron los males de Gonzalo sólo con recibir aquellos renglones, que revelaban de parte de la joven interés hacia él y propósito de llevar adelante los amorosas promesas de antaño. Radiante de júbilo mostrola á su padre, quien le dijo que aquello no tenía para él nada de extraño, pues siempre había creído en la fi-

delidad de Ramona, y nunca había desconfiado de su bondad.

—Anda, pues, concluyó, y dila que no tenga cuidado por lo que pasa entre mi compadre y yo, pues no son más que locuras de viejos, y que la sangre no ha de llegar al río. Dila también, que tengo gran deseo de verla, lo mismo que á Paz, para que hablemos largamente acerca de mil asuntos que nos interesan.

—Con mucho gusto cumpliré tu encargo: así verá Ramona que siempre la quieres, y cuán grande es la diferencia que hay entre su padre y el mío.

Don Pedro sonrió satisfecho al oír frases tan placenteras, y se despidió de su hijo, que partió para el pueblo.

• Cuando llegó Gonzalo á la casa de Chole, ya estaba ahí Ramona. Invitada para pasar el día con su amiga, había aceptado la fineza con mil amores, siendo todo, valor entendido entre ambas para preparar la conferencia. La alegre moza pretendida por Estebanito, mostrábase tan radiante y contenta como siempre; no tenía en el rostro un solo rasgo de tristeza. Su desventurada aventura con Camposorio no le había pro-

ducido más que un penoso bochorno y una gran cólera, pues no había habido tiempo para que arraigase en su pecho aquella naciente simpatía; pero, á tener cerca al perillán del juez, gustosa le sacara los ojos. Afortunadamente las ligerezas cometidas por Chole en el baile habían pasado á la hora de la locura general, y nadie había reparado en ellas, excepto doña Paz y Ramona; pero, siendo éstas tan buenas y discretas, no había temor de que divulgasen el odiado secreto. Por convenio tácito entre ellas, jamás volvió á tocarse ese punto; de suerte que Chole miraba aquel absurdo episodio, pasado en momentos de delirio, como una pesadilla dolorosa, cuyo recuerdo la contristaba y procuraba sofocar. Un observador atento habría notado en la joven algunos cambios de carácter, desde aquel día. Parecía más contenta de su situación; era más cariñosa con su padre, y mostraba menos pretensiones. Hubiérase dicho que el golpe recibido la había abierto los ojos y hecho comprender que no debía aspirar á subir á grandes alturas, sino resignarse á vivir en paz con su pobreza. Acaso comprendió con su claro talento, que la ambi-

ción la llevaba por caminos peligrosos, sembrados de asechanzas; y, como no era mala, sino frívola, y tenía buenos principios morales, retrocedió espantada ante aquella perspectiva, inclinó la frente y se sintió llena de melancólica conformidad.

Después que hubieron pasado las saluciones habituales, dijo Chole sonriendo á Ramona y á Gonzalo, que iba á cantarles un poco, ya que eran tan afectos á su música. No estaba en casa la tía, había ido á la iglesia á rezar el rosario; de suerte que la ocasión no podía ser más propicia para la celebración de la entrevista.

Sonaron los palos de la carraca, elevó Chole el fresco y juvenil acento, y los enamorados, sentados el uno junto al otro, pudieron entrar en materia.

—¿Por qué no habías venido? preguntó la joven. ¿No tenías deseos de verme?

—Ardía en ellos, Ramona; pero estaba enojado contigo.

—¿No habíamos convenido en que, siempre que hubiese algún motivo de disgusto entre los dos, nos pediríamos explicaciones?

—Sí; pero no me sentía con fuerzas para verte. Estaba indignado. Mi padre me ha

calmado mucho. A propósito, me encargó te dijese que no tengas cuidado por lo que pasa, pues no son más que lecuras sin consecuencia, y que tiene deseos de hablar contigo y con mi tía.

—¿Cuán bueno es! Dile que nosotras también las tenemos de hablarle, y que Dios quiera que acaben estos trastornos que nos tienen fuera de juicio.

—Como te iba diciendo, me calmó mucho mi padre, y me hizo prometerle que no tomaría ninguna determinación violenta. Se lo ofrecí, y creo que tuvo razón en exigir-melo, porque ahora estoy más sosegado.

—¿Bendito sea Dios! Hubiera sido la cosa más injusta del mundo la explosión de tu cólera, porque no he hecho nada que pueda ofenderte.

—¿Cómo no! ¿Luego haber bailado con Luis! ¿no te había dicho que no bailarás con nadie, ni menos con él, y no me habías ofrecido hacer mi voluntad? Cuando supe que habías faltado á la promesa, me pareció que soñaba, y sentí como si el mundo se me hubiera caído encima, porque nunca hubiera yo creído fueras capaz de cometerme traición. ¿Tan buena así te juzgaba!

—¿Y no tienes ya de mí la misma idea?

—Ahora desconfío; lo que nunca me había pasado. Antes del baile, eras para mí como un oráculo; ahora eres una mujer que quiero, a quien no puedo dejar de querer. . . . pero de quien temo perfidias

—No me digas esas cosas, no me atormentes; no las merezco. Oyeme primero y júzgame después.

En seguida refrió la joven cómo había recibido de su padre la orden terminante de bailar con Luis, como la había resistido al principio, cómo se había exaltado don Miguel hasta amenazarla con hacerle violencia, y cómo, para evitar el escándalo, se había visto obligada á obedecer. Gonzalo se quedó pensativo algún rato, y luego repuso:

—Si es cierto lo que me dices, mereces disculpa; pero sólo disculpa, pues yo en tu lugar, me habría dejado hacer pedazos antes de faltar á mi compromiso.

—¿A pesar del escándalo?

—A pesar de todo.

Gonzalo decía lo que no sentía. Si él mismo se hubiera encontrado en ese caso, no habría podido hacer más que lo hecho por

ella; pero así suelen hablar los enamorados.

—En tal caso, dijo humildemente la joven, perdóname; creí que, obligada por la fuerza, era inculpable.

—Bueno, repuso el joven, no hay que hablar más de eso. Cuando me imagino que te veo en los brazos de Luis, siento que toda la sangre me hierve, y me vienen impetus de hacer cosas atroces. Todos estos días he estado atormentado por esas ideas.

—No pienses en ello; vale más que no lo pienses.

—¿Que no piense en ello! prosiguió el joven exaltándose. ¿Cómo quieres que no lo piense, si es mi obsesión? Es imposible. . . .; no me lo digas! Sabe Dios cuanto tiempo tendrá que pasar antes de que se serene mi espíritu.

Ramona inclinó la cabeza llena de angustia.

—Y aun falta lo más importante, continuó Gonzalo. No hemos tocado ese punto. ¿De qué te habló Luis? Todavía no me lo cuentas.

—Ahora mismo te lo iba decir; pero como te ví tan irritado. . . .

—Aunque me irrite, aunque me veas echar

espuma de rabia, aunque me muera; cuéntamelo, cuéntamelo! . . .

La joven titubeó.

--¡ Te lo exijo! exclamó el joven.

—Está bien . . . pero no te enojés. Luis me habló . . . me habló . . . de lo que puedes figurarte.

—Yo no supongo nada: quiero saberlo todo.

—No me hagas sufrir tanto . . . Pues me hizo una declaración amorosa.

—¿ Conque sí, eh?

Ramona hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Bien me figuraba que la cosa no había de haber sido tan sencilla; Si era demasiado sabido que te cortejaba, y que quería bailar contigo para hablarte de amor! Haber accedido á bailar con él, fué lo mismo que prestarte á la realización de sus planes . . . Es lógico. Y tú que ¿ qué hiciste? . . .

—¿ Qué querías que hiciera?

—¿ Le oíste?

—Sólo porque no estaba sorda.

—¿ No soltaste su brazo tan luego como te dijo la primera palabra, y te fuiste con tu madre?

—Hubiera sido un escándalo.

—¿ De suerte que lo dejaste acabar?

—No tenía más remedio.

Había ido subiendo gradualmente el diapasón de la voz de Gonzalo.

—¿ Conque no tuvo más remedio . . . Pues yo se lo buscaré . . . Veremos si lo tiene.

Y levantándose rápidamente del asiento, cogió el sombrero, dirigióse á la puerta y salió de la casa, desoyendo la voz de Ramona que tiernamente murmuraba:

—¿ Gonzalo! ; Gonzalo! Espera ¿ á dónde vas? ; Gonzalo!

Interumpió Chole su canto al observar tan extraño suceso, y halló á Ramona hecha un mar de lágrimas.

—¿ Qué pasa? le preguntó ¿ qué ha sucedido?

—Que Gonzalo se ha encolerizado de una manera terrible por lo del baile, y se ha marchado sin más ni más, á pesar de que le rogaba que se quedase.

—Déjale, no le hagas aprecio . . . está loco.

—Ay, Chole, no puedo; ; le quiero tanto!

Y siguió llorando desconsolada, pensando que Gonzalo ya no la quería y que la había dejado para siempre.

El joven entretanto, había llegado á su casa, montando el caballo retinto, y vuelto á salir inmediatamente, dirigiéndose á la de Luis. Mandó recado á su ex-amigo con un sirviente, suplicándole saliera á la puerta, lo que hizo Medina en el acto, como bien criado y cortés que era.

—¡Gonzalo! dijo Medina tendiéndole la mano.

—Vengo á arreglar contigo un asunto muy serio, repuso nuestro joven sin tenderle la suya.

—Bueno, me tienes á tus órdenes, repuso Luis trocando la afable expresión del rostro por otra más severa.

—Sólo que no podemos tratarlo aquí. Monta tu caballo y saca tus armas; te espero.

Por la contracción de sus facciones, y por la palidez de su semblante, conoció Medina que Gonzalo venía en son de guerra, no tardando en adivinar cual era la causa de su enojo. Sin replicar palabra entró en su casa, y salió de ahí á poco, montando soberbio alazán de grande alzada, con pistola al cinto y espada en la silla.

—Aquí me tienes, dijo á Gonzalo.

—Ven, repuso éste; vamos al campo.

Tomaron ambos por la calle que más rápidamente llegaba á la orilla del pueblo, y anduvieron buen trecho fuera de la población. Apartándose del camino, se internaron por los potreros, y fueron á detenerse á una plazoleta formada por cuatro enormes camichines que, extendiendo por el espacio su ancha, aplastada é inmóvil fronda, proyectaban una sombra espesa y obscura á su derredor.

—Te he traído á este sitio, dijo Gonzalo deteniendo el caballo, porque está retirado y nadie puede vernos ni oírnos. No necesito entrar en explicaciones; sabes que muy gravemente me has ofendido, y en qué. Con esto basta. Ahora lo que quiero es que me des una satisfacción con las armas en la mano.

—Aunque no soy valiente, tengo dignidad y jamás retrocederé ante un enemigo que me rete, contestó Luis tranquilo. Con todo, tengo que hacerte la observación de que no me remuerde la conciencia de haberte ofendido.

—Ya esperaba rehuyeses la responsabilidad de tus acciones. No podía ser de otra manera.

—Modera tus palabras; no sea que pasemos á mayores cosas, sin causa racional.

—Pretextos, gritó Gonzalo, no quieres pelear; ¡eres nn cobarde!

Diciendo esto echó mano á la pistola. Luis se puso lívido é hizo ademán de imitar el ejemplo; pero se detuvo y dejó el arma en su sitio, recordando lo que en el baile había prometido á Ramona.

—Un momento, le dijo, sólo un momento. Si eres hombre, y no bruto como pareces, debes oírme primero. Por la gloria de mi madre te aseguro, que estoy dispuesto á reñir; pero no sin que previamente nos entendamos. ¿De qué se trata?

—De que quieres á Ramona.... Ahora niégalo.

—Líbreme Dios de cometer semejante vileza. Es cierto.

—De que la has cortejado.

—Es cierto.

—De que bailaste con ella la noche de la fiesta.

—También es cierto.

—De que la hiciste una declaración amorosa.

—No puedo negarlo.

—Y de que eres un infame, porque sabías que era mi novia y que estábamos á punto de casarnos.

—Eso no es verdad.

Lanzó Gonzalo á Luis una mirada de infinito desprecio al oír estas palabras.

—¡Eres un miserabie! gritó, y necesito castigarte. Defiéndete.

—Asesíname si quieres. No sacaré la pistola antes de que me oigas. Vamos, dispara, aquí me tienes. Y presentó el pecho á su ofensor.

—No hay más remedio que escucharte para quitar todo pretexto á tu cobardía. Habla y despacha, porque tengo impaciencia de castigarte.

—Pongo á Dios por testigo de que creía que tus relaciones de amor con Ramona estaban rotas. Don Miguel se lo dijo á mi padre con absoluta certeza. Todos lo aseguraban así en Citala. Tú no venías al pueblo.... Y como tu padre y don Miguel estaban reñidos, me pareció verosímil, y lo creí.... Por esa razón cortejé á Ramona. A no haber sido por eso, habría seguido callando, como he callado tantos años, porque mi inclinación á ella no es nueva.

Siempre la he tenido. . . . Ramona me sacó de mi error, y me acusó también de perversidad y de traición, como tú acabas de hacerlo. Ella misma puede decirte cuán asombrado me quedé al saber que no era verdad que todo hubiese concluido entre ustedes, y que aun se amasen. . . . Me causó una pena infinita. . . . Ahora, prosiguió el joven sacando la pistola, ya que me oíste, he concluido ¡y estoy á tus órdenes!

Comenzó Gonzalo por escuchar el relato con incredulidad é ironía; pero á medida que iba avanzando, poníase más y más serio y le prestaba mayor atención, hasta que acabó por mostrar en la fisonomía tanto alivio como benevolencia, tanta satisfacción como gratitud.

—¿Conque así pasaron las cosas? ¿no me engañas? murmuró.

—Por la memoria de mi santa madre te lo aseguro, repuso Luis echando á relucir el revólver. Conque, vamos, es ya tiempo de comenzar.

—Ahora soy yo el que no quiere combate. Luis, amigo mío, me has abierto los ojos, y ahora lo veo todo claro. Sí, mi tío don Miguel había jurado que nos desuniría á Ra-

mona y á mi por cualquier medio, y se ha valido de éste. Has sido engañado para que sirvieses de instrumento de sus designios... bien lo veo. Ahora sólo me resta pedirte perdón por las ofensas que te he cometido. Todas las retiro; eres el noble caballero que he conocido siempre, y mereces no sólo mi estimación y mi cariño, sino también mi respeto.

—Mucho me has ofendido, repuso Luis tristemente; y con grande injusticia,

—Es verdad; lo reconozco. Por eso te presento mis excusas. Anda, perdóname, no seas rencoroso.

Y se acercó á él tendiéndole la mano.

—Sí, repuso Luis después de un momento de vacilación, estrechándola entre las suyas; te perdono porque estabas loco. Me condenaban las apariencias, y se trataba, además, de Ramona, á quién tanto quieres. El solo pensamiento de perderla debe trastornarte el juicio; á mí, en tu lugar, me hubiera pasado lo mismo.

—¡Oh cuán generoso eres! ¿Y tan buenos amigos como siempre?

—Lo mismo que siempre.

—¿Me prometes olvidar esta escena?

--Jamás volveré á recordarla.

—Mil gracias, Luis, que Dios te lo premie.

Luego emprendieron la marcha de regreso al pueblo.

—Eres muy dichoso, Gonzalo, decíale Luis en el camino. Da gracias á Dios de rodillas porque te colma de beneficios. Ramona, que es una mujer única, excepcional, ángel por el alma y por el cuerpo, te quiere con todo su corazón... te adora. ¿Qué daría yo por ser querido así por una mujer como ella?

—Lo serás, Luis, porque lo mereces. Cuando menos lo pienses, encontrarás en tu camino á la adorable compañera que te depara la mano de Dios... ya lo verás.

Lanzó Luis un suspiro y guardó silencio; pero pensó en su interior que no era posible se realizase tan feliz augurio, porque Ramona era para él un sueño desvanecido, y no podría querer en la vida á ninguna otra mujer. Pensó que no había esperanza para él, porque había muerto la que por tantos años había alimentado; que estaba de sobra en el mundo y que más le valiera no haber nacido. Pero no dijo nada, guardó silencio é inclinó la frente con tristeza. Gonzalo com-

prendió su dolor, y sintió compasión afectuosa.

—¿Por qué, dijo para sí, preferirme Ramona, cuando Luis vale más que yo?

Y se puso á considerar despacio á aquel joven tan hermoso, tan bueno, tan rico... y tan desgraciado. Y se sintió poseído de inmensa gratitud á Dios por haberle otorgado el amor de aquella mujer superior, según su humilde juicio, á sus propios merecimientos.

Cuando llegaron á la casa de Luis, iban callados y pensativos ambos jóvenes, embargados por reflexiones diversas, pero igualmente nobles.

—¿Pasas? dijo Luis deteniendo el caballo.

—No, repuso Gonzalo, ya será otro día; tengo una ocupación urgente.

Y se estrecharon la mano con la efusión más cordial y sincera.

En el acto corrió Gonzalo á su casa á dejar el caballo, y se lanzó á la de Chole en busca de Ramona. Todavía estaba allí la pobre cilla, y seguía llorando sus penas.

—¿Me perdonas? le dijo el joven al verla.

—Me has hecho sufrir mucho. ¿A dónde fuiste?

—¿Me perdonas? insistió Gonzalo haciendo además de doblar la rodilla y sin hacer explicación alguna. Soy un criminal.

—¡Cómo no! dijo la joven tendiéndole la mano, ¡si te quiero tanto!

—*Ego te absolvo*, saltó Chole riendo, y haciendo además de bendecir á Gonzalo.

Con esto se rompió el hielo, y siguió á aquella escena casi dramática, otra alegre, animada y dichosa, en que fueron relegados al olvido todos los sinsabores y disgustos. Alguien ha dicho que vale la pena de reñir, sólo por gozar la ventura de la reconciliación; y debe ser cierto, porque el firmamento mismo, después de la tormenta, queda más hermoso, limpio y sereno que antes de abrirse las cataratas del cielo y de retumbar el acento del rayo.

Chole no perdió el tiempo. Llegada la hora de la tarde en que acostumbraba ponerse á la ventana, asomose á ella, dejando á los jóvenes entregados á dulces coloquios. Acaso la vista de aquellas tórtolas le ablandó el corazón y le hizo suspirar por una escena semejante, pues al pasar Esteban por la acera, á eso del obscurecer, le saludó tan amable y le miró de un modo tan inten-

so, que el pusilánime tenedor de libros comprendió que se pondría en ridículo si no se acercaba á la reja y le declaraba su atrevido pensamiento. Hízolo así con timidez y torpeza; pero la animosa Chole procuró sacarle del paso con afectuosa acogida y frases benévolas. El caso fué que aquella misma tarde quedó correspondido el venturoso Estebanito, y resuelto á casarse lo más pronto que le fuese dable, por temor de que acertase á llegar al pueblo algún otro Tenorio, y le arrebatase joya tan hermosa y de precio tan subido.

No tardó Camposorio en conocer el suceso. Cuando llegó á sus oídos que Chole mantenía relaciones amorosas con aquel muchacho tímido, enclenque y feo que había ido al deslinde en la comitiva de don Pedro, encogióse de hombros, y murmuró aquella frase de filosofía zarzuelesca con que termina "La Gran Duquesa de Gerolstein:" "*Quand' on ne peut pas avoir ce qu'on veut, il faut se contenter de ce qu'on a!*"

